

**Un aporte a la historia del Perú contemporáneo:
Yusuke Murakami. *Perú en la era del Chino***

Jesús Cosamalón
Pontificia Universidad Católica del Perú

Palabras clave: Fujimori, historia contemporánea, corrupción, autogolpe, política

Resumen:

Este comentario intenta mostrar la importancia de abordar la historia del período correspondiente a la presidencia de Alberto Fujimori (1990-2000), a partir de una reseña crítica del libro de Yusuke Murakami: *Perú en la era del Chino. La política no institucionalizada y el pueblo en busca de un salvador* (Lima: CIAS, Kyoto University, IEP, 2007). También se señala la importante contribución del autor al realizar un estudio muy contemporáneo, práctica poco usual en el campo de la historia. Este libro, elaborado desde la óptica de la ciencia política, desarrolla un análisis cronológico e histórico que tiene como objeto establecer los principales acontecimientos y sus relaciones. Sin dejar de reconocer la valiosa contribución del autor, también se hace énfasis en aquellos aspectos que deben ser revisados con atención y que deben ser objeto de debate en nuestra historiografía. Así, temas como la interpretación del autogolpe del 5 de abril de 1992 o la conocida y documentada corrupción practicada por personajes muy cercanos al entorno presidencial deberían ser aspectos centrales en el estudio del fujimorismo.

Los trabajos y estudios dedicados a la historia del Perú del siglo XX tienen un aspecto ciertamente paradójico. Como saben los estudiantes y especialistas universitarios peruanos, no tenemos para los tiempos recientes una tradición historiográfica consolidada comparable a los estudios prehispánicos, coloniales o incluso republicanos. Sin embargo, lo paradójico es que para ciertos momentos del siglo XX el interés trasciende lo histórico y acumula listas de estudios destacables. Así, gobiernos como los de Augusto B. Leguía o Juan Velasco Alvarado, por citar dos casos, han concitado el interés de diversos especialistas desde diversas áreas por la complejidad de sus proyectos sociales, económicos o culturales; además de las resistencias y escándalos a los cuales pueden asociarse. En comparación, gobiernos como los de Fernando Belaunde o Manuel Prado han merecido mucha menos atención de parte de los académicos.

No hay duda de que el gobierno del ingeniero Alberto Fujimori (1990-2000) se va a convertir —si no lo ha hecho ya— en uno de esos períodos que va a atraer el interés de diversos tipos de especialistas. Por un lado, la implementación exitosa de un programa económico neoliberal en un contexto de democracia formal distingue al Perú de esta época; razón por la cual los economistas han entrado al debate tanto para criticar su aplicación como para defender la dureza de las medidas adoptadas. Otros, con una perspectiva mucho más crítica, han intentado reflexionar desde la óptica de las políticas sociales y de

Derechos Humanos, cuyo producto más resaltante es el Informe Final de la Comisión de la Verdad y Reconciliación. Sin embargo, los trabajos propiamente históricos¹ no han sido los más frecuentes entre los dedicados desde las ciencias sociales o las humanidades a este período. Desde esta perspectiva no queda sino saludar a Murakami por enfrentar la tarea necesaria de comenzar a elaborar una cronología mínima de acontecimientos y unas explicaciones que puedan ser discutidas en el ámbito académico.

El trabajo del estudioso japonés es el resultado de una larga dedicación académica y personal al tema, que incluye no solo una investigación acuciosa basada en entrevistas, recopilación bibliográfica y periodística, sino también largas estadías en territorio peruano mientras el autor ejerció la labor de analista político de la Embajada del Japón entre 1991 y 1995.² A partir de todos estos elementos, el autor busca poner en contexto histórico el estilo y práctica política de Fujimori, con el enfoque explícito de mostrar que este modelo de acción no proviene de su ascendencia japonesa (supuestamente visible en su autoritarismo), sino que es el resultado de una forma de hacer política correspondiente al siglo XX en el Perú. Según el autor, el ex presidente no fue criado bajo instituciones japonesas ni bajo una cultura nipona, por el contrario, la constante en su vida fue tratar de integrarse a la cultura local. Así, afirma que “debemos suponer por ello, en primera instancia, que el pensamiento y estilo políticos de Fujimori reflejan la historia, sociedad, situación y valores de la sociedad peruana. Por eso, este trabajo analiza la historia y características de la política peruana antes de abocarse al estudio de la década de Fujimori” (p. 14).

Aunque la idea no es del todo original,³ sí resulta un aporte reconstruir el contexto histórico personal y el de las diversas coyunturas políticas en las que se formó el estilo del hoy enjuiciado ex presidente. Aunque hay otros aspectos del estudio que merecen atención, mi comentario se va a centrar en dos aspectos principales, al menos desde mi punto de vista. Una parte del trabajo está orientada a la discusión de conceptos y categorías que utilizan los especialistas para definir tanto al fenómeno político encabezado por Fujimori como al sistema que le sirvió de marco. Un segundo aspecto son los temas que definen el período estudiado, una suerte de agenda historiográfica que se deja ver en el desarrollo interno del tema. Relacionado con esto y, no menos importante, las implicancias de este trabajo en la construcción de lo que podemos llamar la *memoria* del fujimorismo.

En cuanto a los conceptos y definiciones, el texto de Murakami muestra a Fujimori no como un político cercano a una suerte de neopopulismo liberal, sino como una continuación de los modos y defectos de la forma de llevar a cabo la política en el Perú, y lo define más bien como un político de estilo tradicional caudillista de origen local. Aunque se reconoce su conducta autoritaria, este rasgo resulta también propio de sus adversarios políticos, quienes no se destacaban precisamente por ejercer la democracia al interior de sus partidos (por ejemplo Alan García y el APRA). En el Perú, según el autor, no existe una tradición de aceptar las reglas de juego o normas colectivas, de modo que Fujimori sería parte de una forma más bien “tradicional” (aunque el autor no llega a decir esto) de hacer política *criolla*. Esta práctica adquiere sentido, según el texto, con la tendencia en el Perú de valorar no los procedimientos democráticos sino los resultados, de modo que —como también lo han dicho otros autores— la democracia peruana se acerca más a un plebiscito que a un sistema para la toma de decisiones medianamente consensuadas. El problema en este punto es que el autor contrapone la alicaída y menoscabada democracia peruana con un supuesto modelo ideal de democracia representada por los Estados Unidos y Europa, donde este sistema no solo se refiere a los resultados, sino “al proceso y procedimiento de seleccionar dirigentes o gobernantes conforme con reglas acordadas, así como conducir a cierto consenso mediante la discusión abierta, con la participación libre, sin importar de antemano los resultados, porque buscan la legitimidad en el cumplimiento efectivo de las reglas y procesos sobre la selección de gobernantes y la toma de decisiones” (129). Demasiado bueno para ser cierto.

El estilo Fujimori de hacer política, siguiendo al autor, se puede resumir en cuatro puntos. El primero de ellos es la invención de una relación directa con el pueblo, sin intermediaciones ni partidos políticos, práctica que fue posible por la fragmentación del escenario político peruano, definida como *atomización* por Murakami. Este estilo no se ejecutaba con manifestaciones o mítines, a la vieja usanza, sino por los medios de comunicación y visitas para hablar directamente con el pueblo. Esto genera la segunda característica, una legitimidad sustentada en que el presidente *sabía* lo que el pueblo quería y la capacidad de responder a esas expectativas no oficializadas sin un acuerdo o plan de gobierno. Esta política de no *amarrarse* las manos con algún compromiso previo le da sentido a la tercera característica: construir un liderazgo flexible, capaz de responder rápidamente a los cambios según las circunstancias. Es el famoso *instinto* de Fujimori, que lo rodeó durante mucho tiempo de infalibilidad. Según Murakami, esta forma de hacer política refleja “la manera de Fujimori de vivir el criollismo”, con lo cual su estilo político

autoritario no proviene tanto de su ascendencia japonesa como de los vicios propios de las instituciones autóctonas. Por ello la última característica encaja dentro de este tipo de prácticas, pues, según el autor, Fujimori no tuvo tiempo de forjar acuerdos, urgido por las circunstancias se tuvo que dejar llevar por su instinto criollo en la toma de decisiones, y fue implacable en la ejecución de estas, al punto que dirigía personalmente su aplicación. Evidentemente, como señala el autor, “aunque esta manera es eficaz y útil para responder a las emergencias, se trata en realidad de una forma autoritaria de toma de decisiones” (p. 224). En corto, las circunstancias de la coyuntura 1990-1995 justificaban esta manera de resolver los problemas del país, pues era una situación de emergencia. Sin embargo, como el autor mismo lo señala, este estilo resulta poco apropiado para plantear políticas a largo plazo y consensos necesarios para el desarrollo del país. La clave del argumento reside en que este estilo es mucho más característico de la política criolla que del autoritarismo de origen japonés. Lo paradójico es que en 1990 la población que votó por *el chino* lo hizo pensando en que elegía un *nisei* trabajador, honrado y eficaz (y hasta autoritario) con valores que cultivaba por su ascendencia japonesa, en oposición a los políticos criollos, deshonestos, flojos e ineficaces.⁴ Murakami sostiene que al menos el autoritarismo es de origen peruano, no era flojo... ¿y la corrupción? Regresaré sobre el punto más adelante.

¿Hasta qué punto se debe considerar la responsabilidad personal y la del contexto en la acción humana? Ni el libro ni quien escribe estas líneas pueden resolver el problema ni mucho menos establecer alguna regla aplicable al caso Fujimori. Sí se pueden señalar algunos aspectos discutibles de la tesis de Murakami. Evidentemente el autoritarismo no es atributo exclusivo de algún grupo nacional en particular y, en el caso peruano, su existencia se puede estirar —aplicando una suerte de malabarismo conceptual— a los sucesos de Cajamarca en 1532 (o quién sabe antes). Obviamente Fujimori no tenía que haber recurrido a su herencia familiar para sustentar su reconocida conducta autoritaria, bastaba mirar a su alrededor para captarla. Sin embargo, sería un poco injusto no reconocerle méritos en su aplicación y una dosis de ingenio propio. Aunque el autor reconoce en parte esta creación no muy heroica, es evidente que no se pueden cargar las tintas por ese lado pues los laureles que se podría ganar en esa área no le favorecen de cara a la historia. Por ejemplo, ya desde sus épocas de profesor de la Universidad Nacional Agraria La Molina, mostró una conducta que iba más allá de los límites que sus criollos colegas estaban dispuestos a quebrar. No hay duda de que él no fue el primero en intentar y lograr taladrar agujeros a los reglamentos y leyes con el objeto de lograr sus objetivos; pero si algunos lo hacían con un taladro manual, parece que Fujimori atacaba con un taladro neumático. Así se desprende del relato que un ex rector de la Universidad Agraria hace de los procedimientos con los cuales fue elegido en tal cargo el ex presidente.⁵ Para su elección, Fujimori logró que

algunas autoridades adictas a él desconocieran los impedimentos legales que tenía para ser elegido, gracias a diversas ofertas que hacía a estudiantes y profesores logró que la Asamblea Universitaria autorizara su candidatura. Una vez elegido, según Olcese (2002),⁶ en su discurso de aceptación dijo: “Nada más lejos de mi espíritu obtener ventajas a través de la distribución de favores o prebendas. Una conducta de tal naturaleza repugna mi conciencia, porque al efectuarla envilece la personalidad de quien distribuye favores y de quien en esas circunstancias los recibe” (Olcese, 2002: 631).⁷ Es cierto que este testimonio puede estar influenciado por acontecimientos posteriores, pero también hay evidencias de otras conductas que se verían en su período presidencial. Por ejemplo, se señala que durante su gestión tenía una peculiar renuencia a firmar documentos, especialmente aquellos en que actuaba fuera de los límites que la ley autorizaba (Olcese, 2002: 655). Otro caso más revelador aun y que sí menciona Murakami, es que Fujimori durante sus cinco años de rector no cumplió con el mandato de ley de presentar su memoria anual, es decir, no daba cuentas de su gestión a nadie.

¿Es esta una conducta política criolla o propia de Fujimori? Me inclino a pensar que la conducta de Fujimori, ya en términos personales, va más allá de lo que se conocía como política criolla o incluso el propio autoritarismo. Hay, desde mi punto de vista, una dosis de cinismo no mensurable académicamente y que él logró instrumentalizar para el cumplimiento de sus objetivos. Es cierto que este punto es complicado, pues carga la tinta en su responsabilidad personal, pero no creo que todo se pueda explicar por el contexto o las formas previas, más bien en el caso de la Universidad Agraria se rompieron las reglas conscientemente con el objeto de lograr llegar al poder.⁸ Murakami, al reflexionar acerca de la época del rectorado de Fujimori, se inclina por otro lado: “estos hechos también indican que Fujimori había heredado el carácter caudillista y autoritario observado en la política tradicional del Perú” (p. 191).⁹

II

Un segundo aspecto por comentar es el de los temas que se pueden determinar para estudiar el período. El autor propone al menos una ruptura clara entre el primer período 1992-1995¹⁰ y la etapa posterior, cuando el fujimorismo no pudo cumplir con el reto de profundizar las reformas, se amplía la nefasta influencia de Montesinos y se produce el alejamiento de Santiago Fujimori del entorno presidencial. En esencia esta lectura de los acontecimientos tiende a reconocer que los defectos del proyecto y su fracaso no provienen de sus orígenes o estilo inicial, sino de la incapacidad para responder a los retos de cambio

que ellos mismos habían logrado generar. Así, dentro de esta argumentación, es necesario demostrar lo inevitable de dos acontecimientos centrales: el fuji-shock y el cierre del Congreso. El libro intenta demostrar que la situación previa a 1990 era de emergencia en todos los sentidos y que el cierre del Congreso fue la única salida viable a la situación de entrapamiento en la que se estaba. El temor consistía en que el Perú terminase *libanizado*, por lo que Fujimori una vez elegido se dedicó a reconstruir el país, tomando medidas basadas en su instinto, sin consenso, pero dedicándose a solucionar los dos problemas más urgentes: inestabilidad económica y terrorismo.

En cuanto a la situación económica, no hay que hacer mucho esfuerzo para demostrar la situación de caos y de desequilibrio en que se encontraba el Perú en 1990. Es uno de los pocos temas en que existe unanimidad entre los especialistas y en la memoria de los peruanos sobre esos dramáticos años. Como es conocido, Fujimori ganó las elecciones con el argumento de no aplicar un reajuste económico neoliberal, postura sostenida por Mario Vargas Llosa; por el contrario, las mayorías votaron por él justamente por representar esa opción. Sabemos que hasta agosto de 1990 Fujimori trabajó con varios equipos y propuestas, optando por el conocido reajuste. Es clave para la interpretación del período estudiar si es que no había otras opciones. En ese punto no estoy muy convencido de los esfuerzos de los economistas liberales, mucho de ellos de intachable trayectoria académica, por demostrar que el reajuste era la única opción, especialmente de la manera en que se aplicó.¹¹ Mi punto es otro. Uno de los pilares de lo que podríamos llamar la *memoria* del fujimorismo, aunque no solo de ellos, es que no había otra manera de arreglar el Perú, luego del desastre de la primera administración de Alan García. Creo que es necesario poner en discusión ese supuesto, no para lamentarse de lo que ocurrió o pudo ocurrir, sino para demostrar que toda acción política es fruto de una elección y que Fujimori optó por hacer las cosas de un modo concreto con los logros que se pueden atribuir, pero también con los costos que se deben admitir.¹²

El otro pilar es, sin duda, la lucha contra el terrorismo. Aquí es mucho más polémico afirmar hasta qué punto la política seguida era inevitable. Murakami opta claramente por el bando de quienes reconocen los méritos de la política antisubversiva de Fujimori, al punto de afirmar que él fue el presidente que por fin “tomó la decisión política de llevar a cabo medidas enérgicas contra el terrorismo” (p. 270). Dentro de ello un aspecto muy delicado es el tratamiento de los Derechos Humanos y de las acciones que se llevaron a cabo bajo su mandato y que hoy son motivo de enjuiciamiento criminal. Nuevamente el tema es el mismo que ante la política económica, ¿la forma en que se llevó a cabo esta estrategia y táctica era la única posible? ¿Acaso es inevitable aceptar que Fujimori tuvo que aplicar las medidas

que conocemos para salvar al país? En cuestiones sensibles, como el caso del grupo Colina, Murakami no llega a establecer claramente el papel del presidente frente a la creación del nefasto comando, en su descripción de los hechos incluso afirma que la aceptación de las medidas planteadas por Martín Rivas (líder del comando) fue unánime y que las críticas posteriores acerca de la violación de Derechos Humanos se basaron en intereses personales, con lo que se resta veracidad a las denuncias.¹³

Un tercer aspecto de este segundo punto es el derrotero del régimen de Fujimori. Una de las afirmaciones más resaltantes del texto es nuevamente la decisión inevitable de cerrar el Congreso y encaminarse por la vía autoritaria con el objeto de tomar las medidas necesarias para sacar al Perú de la crisis. Esta idea se complementa con otra que sostiene que es solo en el segundo período, 1995-2000, cuando Montesinos se convierte en clave, se corrompe el régimen y Fujimori pierde el rumbo. Así, cuando el autor busca explicar el contexto del autogolpe de 1992 señala que el Congreso era prácticamente inoperante, además se rumoreaba que planeaba destituirlo y que modificaba arbitrariamente las normas enviadas por el ejecutivo para la lucha antisubversiva, imponiéndose sobre el jefe de Estado. Por último, aunque ciertamente Fujimori nunca apostó por un diálogo con la oposición, la decisión de tomar la vía del autogolpe estuvo basada principalmente en “el conflicto existente con la oposición en torno a su eventual destitución, a las facultades constitucionales como presidente y a los dispositivos sobre pacificación”. Aunque posteriormente sectores neoliberales aplaudieron la medida, no fue la razón fundamental la necesidad de aplicar reformas económicas la que llevó al cierre del Congreso. Esas, según Murakami, son explicaciones posteriores, en el momento lo que pesó es lo señalado anteriormente. Además, parte de esa decisión se basó en el papel claramente *obstruccionista* de la oposición. Como prueba de ello, el autor señala —de una manera desconcertante— que cuando se convocó a un diálogo entre el gobierno y los partidos de oposición para la elaboración de una política contraterrorista, las agrupaciones no hicieron ninguna propuesta concreta y se limitaron a alargar el tiempo, para finalmente firmar un comunicado en que se señalaba que los firmantes colaborarían “con el gobierno en la aplicación de una política antisubversiva que respetara los Derechos Humanos”. Lo desconcertante es que Murakami señala que esta actitud de la oposición fue “poco constructiva” y que “al no plantear política contrasubversiva concreta alguna a la opinión pública, la oposición reveló su falta de voluntad para intervenir en una discusión democrática y su incapacidad para formular una política eficaz” (p. 287). Puede admitirse que algunas de las fuerzas políticas de esos años aprovecharon el tema para causar un dolor de cabeza más al gobierno, dado que ese tema no les preocupaba seriamente antes de ese año, pero el autor no aclara en qué sentido reclamar la vigilancia de los Derechos

Humanos puede considerarse una actitud obstruccionista. Una posibilidad de interpretación es que la violación de esos derechos era *inevitablemente*, la condición necesaria para derrotar a las fuerzas terroristas. De este modo, nuevamente llegamos a la *memoria* del Fujimorismo: no se le puede acusar de algo que en su momento era inevitable. ¿Fue realmente así?

Por último, el tema del entorno presidencial y el controvertido papel de los asesores. Otra afirmación central del libro es que Santiago Fujimori fue el principal impulsor de las reformas aplicadas entre 1990 y 1995 pero, a partir de esa fecha, entre Jaime Yoshiyama y Montesinos se produjo un enfrentamiento con el hermano del presidente, conflicto que se había incubado desde 1991 por lo menos. Santiago Fujimori estaba dispuesto a aplicar un conjunto de reformas de *segunda generación* destinadas a modernizar el Estado, pero chocó con la corrupción de los montesinistas y fue expulsado del entorno presidencial. Así, el error de Fujimori consistió en dejarse cooptar por las fuerzas de Montesinos y haberse enfrentado a su propio hermano que tenía los planes más coherentes, eficaces y honrados.¹⁴ Las dificultades posteriores del gobierno que se mostró incapaz para reformar el Poder Judicial y el aparato público se debían, según al autor, a la salida de Santiago Fujimori al mismo tiempo que a la creciente influencia de Montesinos.

Sin embargo, siguiendo el párrafo anterior, hay un problema crucial, que es un tema sorprendentemente dejado de lado: ¿Acaso es posible hacer una historia del período de Fujimori sin dedicarle más que solo menciones aisladas a la corrupción? Definitivamente resulta difícil encontrar razones académicas para no incorporar a la corrupción como un tema y una de las bases del fujimorismo. Y allí sí que existe —hasta donde se puede ver— una decisión presidencial y no solo un contexto inevitable. Pero no solo eso, desde mi punto de vista, la corrupción se convierte en uno de los temas trascendentales del período y que el autor soslaya desconcertantemente. El libro está lleno de vacíos que tal vez puedan explicarse por las implicaciones legales que supone establecer ciertos hechos. Por ejemplo, cuando desarrolla el tema de los medios de comunicación y su manipulación con recursos del Estado, el autor se acoge a la tesis de las manos libres con las que actuaba Montesinos; o cuando se supone que el asesor solo informaba al presidente del paso a las filas del oficialismo de diez congresistas electos (p. 561).

Hay que reconocer que elaborar un estudio acerca del fujimorismo probablemente estará destinado siempre a la polémica. Es uno de esos gobiernos ante los cuales no hay neutralidad posible ni indiferencia, en una sociedad tan poco dada a la discusión política todos tienen un juicio acerca de Fujimori. El que suscribe estas líneas también y no pretendo

afirmar que este comentario se hace desde una tribuna estrictamente neutral, pero pienso que a pesar de las diferencias políticas que uno tiene con el personaje y su entorno, es necesario establecer algunos ejes que deben guiar la discusión posterior entre, especialmente, los historiadores. Así, hay ciertos hechos que no pueden dejarse de lado pues caracterizan al período y no son solo anécdotas. La corrupción no fue una variable ocasional, no fue un hecho incidental; sino, por el contrario, uno de los grandes temas del período. Dejarla de lado resulta peligroso de cara a la construcción de una narrativa histórica de esa época. Y no para demostrar que hay culpables o que el presidente es responsable, lo digo en el sentido de que se debe estudiar y establecer su papel en el gobierno. De no ser así, corremos el riesgo de convertir en anécdotas hechos que son reveladores. El libro de Murakami, con los méritos que tiene de reconstruir ese período, resulta por ratos desconcertante por la poca atención que le dedica a este tema o a hechos que podrían ser reveladores. Por ejemplo, cuando en 1992 el general Jaime Salinas intentó un fallido golpe de estado contra Fujimori, el presidente salió de palacio apresuradamente y, según el autor, “se produjo una anécdota. Después de escapar del palacio de Gobierno, camino a una instalación militar en Lima, el mandatario peruano pasó por la residencia del embajador japonés para esperar ahí durante unos cuarenta minutos la llegada de su escolta” (p. 338). Digamos que sería anecdótico que ese día hubiera llovido o que apareciera una estrella fugaz en el nublado firmamento limeño; pero, a la luz de los acontecimientos posteriores, ¿se podría aceptar seriamente que esperar en la residencia del embajador japonés fue anecdótico? Una historia del fujimorismo tiene la responsabilidad de establecer los temas de una época compleja que espera la labor de los historiadores —aunque no solo de ellos— en la tarea de construir una memoria de esta crucial época de nuestra historia.

Notas

1. Aunque no es mi intención definir qué es un trabajo *histórico*, gruesamente utilizo este término en función de reconocer esta temática en aquellos trabajos que buscan reconstruir algunos de los hechos, tomando como base una cronología, intentan elaborar una conexión entre los acontecimientos y los interpretan bajo argumentos razonables y verificables.
2. Incluso como miembro de la legación japonesa fue parte de los secuestrados por el comando del MRTA en diciembre de 1996, experiencia que está registrada en Murakami, 1999.

3. Entre otros, se pueden citar los diversos estudios de Martín Tanaka, por ejemplo, Tanaka (2005); y Tanaka y Marcus-Delgado (2001).
4. Véanse Degregori (2000) y Tuesta Soldevilla (1997).
5. Murakami le dedica más atención a un fracaso previo que sufrió Fujimori para ser elegido vicerrector, en el que fue traicionado por quienes lo habían propuesto. A partir de ese momento, cual *camino de Damasco*, Fujimori aprendió la dura lección de hacer política en el Perú.
6. Agradezco al autor el haberme obsequiado un ejemplar de su trabajo, de igual manera agradezco a Pedro Medelius las gestiones que hizo al respecto.
7. Olcese señala que Fujimori nombró a varias personas que lo habían apoyado y que ejecutaban fielmente sus decisiones, al mismo tiempo, el autor reconoce las mejoras hechas por el rector en los servicios y sistemas telefónicos de la Universidad (Olcese, 2002: 658).
8. También es cierto que Murakami señala que existe en Fujimori un aspecto personal de obsesión por el poder (p. 192).
9. Estas ideas son las que en parte lo llevan a discrepar con Martín Tanaka, quien da más espacio a la lógica de los actores.
10. Considerando que 1990-1992 puede ser presentado también como un período aparte.
11. Para una cerrada defensa de las medidas, véase Abusada, 2000.
12. Estas líneas son escritas en medio de los trascendentales días del juicio criminal que se le sigue al ex presidente por diversos cargos, entre ellos, los de violaciones sistemáticas de los Derechos Humanos. Los discursos que se pueden escuchar entre los partidarios de Fujimori coinciden con la —un poco destemplada— defensa del propio acusado. Ambos insisten en acogerse al desastre en el cual encontraron al país para luego pasar a contestar las acusaciones criminales. De este modo, desde mi punto de vista, se busca reforzar la idea de no cuestionar los métodos sino

en función de los resultados y, especialmente, no reconocer la responsabilidad personal en la elección y toma de decisiones.

13. Tal fue el caso del general Rodolfo Robles, quien acusó al gobierno de Fujimori de violar Derechos Humanos, pero que en realidad —según Murakami— estaba descontento por los puestos otorgados por Montesinos a él y a sus hijos (p. 271, n. 17). Del mismo modo, el autor no desarrolla la participación de Fujimori en los decretos de amnistía a favor de los militares implicados en los hechos de La Cantuta, y se limita a señalar que fue una iniciativa del Congreso. Contradictoriamente a su estilo *todo control*, los parlamentarios habrían tenido una insospechada independencia.
14. El episodio de la denuncia de corrupción lanzada por la ex esposa del presidente Fujimori en contra de su cuñado Santiago es resuelto por Murakami en tres líneas en las que señala que ella se dejó influenciar equivocadamente por alguien de su entorno que tenía que ver con la oposición (p. 300).

Bibliografía

- Abusada, Roberto, 2000, *La reforma incompleta: rescatando los noventa*, Lima, Universidad del Pacífico.
- Degregori, Carlos Iván, 2000, *La década de la antipolítica. Auge y huida de Alberto Fujimori y Vladimiro Montesinos*, Lima, Instituto de Estudios Peruanos.
- Tuesta Soldevilla, Fernando (ed.), 1997, *Los enigmas del poder: Fujimori 1990-1996*, Lima, Fundación Friedrich Ebert.
- Murakami, Yusuke, 1999. *El espejo del otro. El Japón ante la crisis de los rehenes en el Perú*, Lima, Instituto de Estudios Peruanos – JCAS.
- Olcese Pachas, Orlando, 2002, *Enfrentando la adversidad camino a la gloria. Historia de la Universidad Agraria La Molina 1902-2002*, Lima, Universidad Nacional Agraria La Molina.

Tanaka, Martín, 2005, Democracia sin partidos. Perú 2000-2005: los problemas de representación y las propuestas de reforma política, Lima, Instituto de Estudios Peruanos.

Tanaka, Martín y Jane Marcus-Delgado, 2001, Lecciones del final del fujimorismo: la legitimidad presidencial y la acción política, Lima, Instituto de Estudios Peruanos.

Usted puede copiar, distribuir, exhibir y comunicar este trabajo bajo las siguientes condiciones:

Reconocimientos:

Al autor: citar, reconocer y dar crédito al autor original.

A la revista *Summa Humanitatis*: citarla bibliográficamente.

No Comercial. No puede utilizar este trabajo para fines comerciales.

No Derivados. No puede alterar, transformar, o añadir nada a este trabajo.